

LOS MONUMENTOS DE LERMA



Difícilmente podrá encontrarse un conjunto monumental y urbano más homogéneo que el que nos ofrece Lerma, pequeña aldea que vivía a la sombra de las torres de su castillo medieval y que por la voluntad de don Francisco de Sandoval y Rojas se convertiría en una villa de rango, digna de alojar durante largas temporadas a la Corte de Felipe III.

Es sorprendente que en menos de veinte años se acometieran y se terminaran tantas obras de gran porte. Ello es únicamente explicable teniendo en cuenta que fueron concebidas por un hombre del temple del Duque, quien para hacerlo contaba con recursos casi ilimitados. A pesar de ello, su volumen y su calidad asombran, sobre todo, a conocer el poco tiempo en que fueron ejecutadas; y como a los afanes del Duque se sumaron los de los palaciegos más influyentes, deseosos de levantar sus mansiones junto al Palacio del favorito, se consiguió un conjunto de una uniformidad extraordinaria, el cual puede ponerse como ejemplo logrado de organización urbana al comenzar el siglo xvii, cuya vista al llegar desde Burgos es de una monumentalidad impresionante.

Esta circunstancia, y el no haberse tenido en cuenta, hasta la fecha, este conjunto en los estudios de nuestra arquitectura, más que muy de pasada, justifica el que hayamos hecho a Lerma objeto de nuestra atención y que demos, en las líneas que siguen, un brevísimo resumen de los resultados a que en nuestro trabajo hemos llegado.

EL PALACIO

Comenzamos el estudio de los monumentos de Lerma con el Palacio del Duque en razón a ser la obra más representativa y por ser la única que proyectó Francisco de Mora, arquitecto a quien se venían asignando todos los monumentos de la Villa ducal.

Con referencia a este edificio he podido determinar al levantar su planta la existencia de un núcleo de edificación antigua que perteneció al castillo medieval, la cual quedó embebida en la obra que se hizo bajo los auspicios del Duque, dato que el estudio de los documentos confirmó después.

La documentación recogida sobre esta obra permite establecer exactamente su cronología y las dos etapas en que se hizo. Fue el año 1602 cuando el Duque decidió acondicionar para vivienda el viejo castillo. Encomendó la reforma a Francisco de Mora; la traza que hizo este arquitecto se conserva en el Archivo de Protocolos de Valladolid; Pedro Pedrosa, maestro de cantería, vecino de Villacastfn, fue quien se encargó de llevar a cabo la obra proyectada por el arquitecto real.

En 1611, seguramente, el Duque decidió ampliar el castillo para convertirle en palacio; Mora fue también el encargado de proyectar esta ampliación, la cual resulta fácil de reconocer en planta y alzado.

En 1613, después de muerto Mora, se iniciaron las obras del «cuarto nuevo» del palacio, cuyas trazas fueron entregadas por fray Alberto de la Madre de Dios a Pedro de las Suertes, Juan del Valle Rozadilla y Consortes, maestros canteros que se habían comprometido a llevar a cabo la ampliación.

Junto a los maestros canteros citados, intervinieron otros, tales como Jácome Lombardino, que hizo en Espeja las chimeneas, y, por su parte el arquitecto Juan Gómez Mora completó la obra que su tío había dejado incompleta, trazando las torres que se levantan a los ángulos.

En 1617 el palacio estaba ya terminado; fray Alberto de la Madre de Dios intervino en trabajos de remate e hizo las mediciones para la recepción definitiva de la obra, la cual se alhajó con gran cantidad de cuadros, tapices, alfombras, escritorios, vajilla de plata, etc., la transcripción de cuyo inventario figura asimismo en el apéndice documental de la tesis.

El palacio, tal y como se terminó, constituye la muestra más representativa de edificio civil del siglo xvii, cuya disposición recuerda los grandes palacios del siglo xvi, de los cuales se separa, sin embargo, de un modo radical, en razón, sobre todo, a haberse omitido en él toda concesión a lo decorativo, a que tan aficionados fueron algunos tracistas del siglo anterior, y ello da lugar a que se levantara un edificio netamente arquitectónico, representativo como ninguno de la arquitectura del momento, en la que la pureza de líneas y la buena proporción de los elementos, se impusieron como notas más características, pudiéndosele considerar por todo ello como la muestra de arquitectura civil más representativa del primer cuarto del siglo xvii de España.

LA COLEGIATA

Después del estudio del Palacio, procede estudiar la Colegiata, obra de especial interés también por los arcaísmos que encierra y por estar resueltos de un modo acabado los problemas que su construcción ofrecía.

Sobre el solar que ocupa la actual existió una construcción más antigua de la que debieron aprovecharse pocos elementos; el Duque decidió renovar y ampliar lo que había y encargó las trazas a que se había de ajustar la nueva a fray Alberto de la Madre de Dios, carmelita descalzo, cuya personalidad adquiere relieve y rango a partir de este instante.

En 1613 se comenzaron las obras. Domingo de Argos, «el Viejo», Rodrigo de la Cantera y Juan Gómez de Cisniega, fueron los maestros de la fábrica nueva, cuya estructura, si se estudia su planta, y sobre todo sus cubiertas, revelan un cierto arcaísmo con relación a la fecha en que está construída, pero los documentos precisan y aclaran la duda y por los datos que en ellos figuran se llega a la conclusión de que los pilares redondos y varias de las bóvedas de crucería con que se cubren sus naves están hechas entre 1615 y 1616, y sobre lo expuesto se puede afirmar, sin género de duda, que ninguno de los Mora intervino en su traza, la cual, como queda indicado, se debe al carmelita fray Alberto de la Madre de Dios; tan sólo intervino Juan Gómez Mora en la traza de las sillas del coro y del facistol, obras sin significación especial que fueron ejecutadas por Pedro de Chapistrua.

LOS CONVENTOS

Después de estudiar la principal obra de carácter religioso de las que se conservan en Lerma, pasamos a estudiar los conventos, comenzando por el de «Carmelitas descalzas», que estaba también asignado a Francisco de Mora; los documentos nos facilitan interesantes noticias también, entre ellas la de que la intervención de Francisco de Mora se redujo tan sólo a proyectar las obras necesarias que habían de hacerse en las casas de Rodrigo de Gamarra, en las que, de modo provisional, habían de instalarse las monjas, hasta que se hiciera el convento definitivo.

La escritura fundacional para erigir éste se firmó en 1608, reservándose el general de la Orden el derecho de dar las trazas, quien debió encomendárselas a fray Alberto de la Madre de Dios, trazador carmelitano, pues poco después aparece contratando la obra de cantería de este convento con Pedro de las Suertes.

El propio fray Alberto, en 1609, cuando ya estaba en marcha la obra, proyectó la fachada lateral que da a la plaza de los Mesones, y en 1601 el convento estaba en condiciones de ser habitado.

En la fachada de este convento fray Alberto dejó sentado el tipo de fachada que tanto había de extenderse por la región, cuyo precedente acaso hay que buscarle en tierras castellanas, y, concretamente, en la fachada de la Iglesia de San José, de Palencia, también de Carmelitas, que se estaba construyendo en 1571, por Juan de la Lastra.

Otra obra, cuya paternidad está documentalmente demostrada, es el «Convento de San Blas», de monjas Dominicanas, trazado también por fray Alberto de la Madre de Dios. Esta obra se llevó a cabo entre 1613 y 1617, por los maestros canteros Damián de Espinosa y Juan de Reoz, y la planta de su iglesia, así como su fachada, representan las características de severidad y sencillez que definen las obras de fray Alberto.

Este convento tenía comunicación directa con el palacio, la cual debía descansar sobre una arquería, a juzgar por el arranque de un arco que aún se conserva en el hastial N. del mismo.

De mayor proporción y características análogas, es el «Convento de Santo Domingo», fundado en el año 1610, para el cual también hizo las trazas fray Alberto de la Madre de Dios; Juan Gntiérrez del Pozo, Juan de Naveda, Juan de la Maza y Hernando del Hoyo, fueron los maestros canteros que llevarón a cabo esta obra, la cual estaba terminada en 1617. El frontón curvo, partido, con que termina la espadaña que sirve de remate a esta fachada tiene ya un acento barroco, del que carecen las de los conventos hasta ahora aludidos.

Aparte de los citados, todavía hay en Lerma otros conventos que, asimismo, se estudian en cada tesis, aunque sobre ellos las noticias documentales no son tan explícitas como sobre los anteriores. Tal acontece en el de «Santa Clara», fundado en 1604 por la duquesa de Cea, doña Mariana de Padilla y Manrique.

No se ha podido llegar a poner en claro quién fué el trazador de esta obra, tal vez pudo serlo el propio Pedro de Pedrosa, añadiéndose más tarde, hacia 1650, la fachada que actualmente da acceso al convento, la cual se desliga del resto de la edificación y se separa de las demás de Lerma, porque en ella se dan barroquismos que no se ven en las otras.

Tampoco se ha podido aclarar quién fué el arquitecto del «Convento de Santa Teresa», pero sí rastrear antecedentes de su fachada en la de San Miguel, de Valladolid, trazada por Domingo de Praves.

De otros monumentos que hubo en Lerma en tiempos del Duque y de cuya edificación es muy poco o nada lo que queda, se han recogido noticias también, las cuales se aprovechan siquiera sea como índice de la situación de Lerma en estos aspectos en la época que nos ocupa; tal acontece, por ejemplo, con el «Convento de San Francisco».

LA PUERTA, LOS PUENTES, EL PASADIZO, EL PARQUE

Se complementa el estudio de este conjunto monumental con el de la puerta que servía de acceso principal a la villa, en la que se hicieron importantes obras en tiempos del Duque, con el de los puentes, que por la misma época se levantaron sobre el río Arlanza; con el del pasadizo que ponía en comunicación el palacio con la Colegiata y con algunos de los conventos de la villa y con el del parque, que se extendía junto al palacio del Duque, en torno al cual he recogido una serie de noticias anecdóticas como, por ejemplo, la de que el Duque pagó una cierta cantidad por un número de conejos que habían de soltarse en él para solaz de las damas de la Corte.

FRAY ALBERTO DE LA MADRE DE DIOS Y SU PERSONALIDAD COMO ARQUITECTO

El resultado más interesante a que he llegado en este estudio ha sido el poner de relieve la personalidad de Fray Alberto de la Madre de Dios, tracista carmelitano sobre el que había pocas noticias, apesar de que sus compañeros de Orden le consideraron como «uno de los mayores arquitectos que España en su siglo conoció».

Con las noticias aportadas en esta tesis, fray Alberto cobra personalidad y rango bien definidos. Se encuentra a este fraile arquitecto trabajando en los Carmelitas de Burgos, en 1608; en el mismo año debió dar las trazas para el convento de Carmelitas, de Lerma, en el que trabajó hasta 1610. En 1611 trabajó en Madrid, en el Monasterio de Santa Isabel, de monjas Agustinas.

El año 1613 fué especialmente fecundo en la vida de fray Alberto. En colaboración con Juan de Nates, hizo la traza para la escalera del Convento del Colegio de Santiago, de Salamanca; intervino en las obras del palacio de Lerma, siendo portador de «ocho papeles con las trazas, plantas y alzados del quarto nuevo de palacio», las cuales seguramente serían las que Mora había hecho en 1611; poco después, el propio fray Alberto daba instrucciones de cómo había de hacerse el aljibe del palacio. Por entonces hizo las trazas de la Colegiata y dirigió las obras de la misma. Hizo también las trazas de los conventos de San Blas y Santo Domingo, los cuales se levantaron bajo su dirección, y en 1618 se le encuentra ocupándose de obras menores en el palacio y dando las condiciones para la mampostería de la imprenta de Lerma.

En este año se pierde la pista del tracista carmelitano y no volveremos a encontrar referencias suyas hasta 1626, en que aparece escribiendo

un informe en el que se oponía al sistema con que Jorge Manuel Theotocopuli quería cerrar la capilla mozárabe de la Catedral de Toledo.

Del estudio de sus obras documentadas se puede deducir lo que fray Alberto de la Madre de Dios representa en la evolución de la arquitectura española.

La relación que en algún momento tuvo con Francisco de Mora parece que debía haber ejercido influjo en fray Alberto y que le debiera hacer derivar, como con Juan Gómez Mora sucedió, hacia una arquitectura de formas barrocas, y no sólo no fue así, sino que fray Alberto siguió fiel a la norma clasicista y matemática y viene con ello a representar la continuidad del clasicismo herreriano en momentos en que ya el barroquismo en plantas, decoración y alzados, se manifestaba.

La arquitectura de fray Alberto, fiel a las normas de Herrera, se nos presenta como una arquitectura rotunda y neta, en la que cada elemento tiene una función perfectamente diferenciada y en la que a lo decorativo no se hace ninguna concesión. Es una arquitectura en la que se echa de ver y se trata de poner de relieve la belleza que tiene un paramento totalmente liso, cuando su proporción es exacta, en la que se ve sin obstáculos la función que cada elemento desempeña y cómo realiza esta labor; es una arquitectura en la que existe «la tendencia a perpetuar por la forma pura un ideal de belleza estética, permitiendo su análisis como símbolo del pensamiento dominante de su época», utilizando palabras de Manuel Chamoso.

Al estudiar la obra de fray Alberto, no deja de llamar la atención, sobre todo si nos fijamos en la Colegiata de Lerma, los arcaísmos que en ella se dan, los cuales son explicables por su mismo carácter; pero, frente a esto, analizada en conjunto la obra de fray Alberto, se llega a la conclusión de que es, como ninguna otra, representativa de la arquitectura del momento, de aquella arquitectura que seguía la línea que Juan de Herrera había iniciado.

De aquí la aparente sequedad que tienen las fachadas de Lerma y los esquemas simples que ofrecen, sobre todo las de los conventos, esquemas que veremos repetidos con insistencia grande o lo largo del siglo, luchando con el barroquismo que parecía se iba a imponer de un modo total, y logrando a la postre reaparecer y sobrevivir en el siglo XVIII.

Resumiendo todo lo expuesto, se termina esta tesis sentando la afirmación de que fray Alberto de la Madre de Dios, carmelita descalzo, adquiere con los monumentos de Lerma trazados por él y con las demás obras a él asignadas, relieve de gran arquitecto, que representa la continuidad del clasicismo herreriano, en su sentido más puro, en el siglo XVII, y que su obra influyó poderosamente en gran parte en las obras que se hicieron en esta centuria, contrarrestando la acción del barroquismo que ya en su época comenzó a actuar.

GRATINIANO NIETO